

Un plan B para la economía mundial

Christian Kellermann

El mundo ha conseguido superar la Gran Recesión relativamente bien recurriendo a instrumentos keynesianos de estímulo fiscal. Sin embargo, como las medidas de lucha contra la recesión han desatendido las causas estructurales más profundas de la crisis de 2008-2009, una desregulación desigual y excesiva de los mercados financieros y del mercado de trabajo, no han logrado por sí solas alejar a la economía mundial del precipicio de la crisis de manera sostenible. En su lugar, al día de hoy, la crisis de las hipotecas de alto riesgo de los Estados Unidos se ha transformado en la crisis de la deuda soberana de la zona del euro sin que en el horizonte se divisen soluciones fáciles. Mientras estas cuestiones no se resuelvan, la vuelta a una vía de crecimiento estable sin nuevas crisis apenas parece viable. Por otro lado, para abordar estas cuestiones son precisas reformas económicas mucho más amplias, incluida la regulación tanto del mercado financiero como del mercado laboral: un plan B para la economía mundial

Über-finanzen destructiva

El poder financiero ha desempeñado un papel fundamental en la mayoría de las crisis económicas que hemos sufrido desde el decenio de 1990. Los mercados financieros son a la vez amplificadores gigantes de los desequilibrios dentro y entre nuestras economías y causa de desequilibrio por sí mismos. Así pues, arrojar luz sobre las grietas de la economía es un punto de partida lógico para el Plan B de enderezar nuestro sistema

Así pues, arrojar luz sobre las grietas de la economía es un punto de partida lógico para el Plan B

capitalista actual. Los excesos del poder financiero son sólo una parte de los problemas fundamentales a los que se están enfrentando las economías y las sociedades, y que han contribuido a esta crisis que estamos viviendo. Existen como mínimo tres dimensiones de inestabilidad que están relacionadas con las finanzas pero que exceden las restringidas inestabilidades del sistema financiero. En primer lugar, han aumentado los desequilibrios entre los distintos sectores de las economías. Un reflejo de ello son los hogares y los gobiernos, muy endeudados tanto unos como otros a consecuencia de

la burbuja inmobiliaria y otras burbujas incentivadas por el sistema financiero. En segundo lugar, los desequilibrios a nivel internacional nunca han sido tan acusados como hoy en día. En tercer lugar, junto con la desregulación financiera, el principio del valor para los accionistas de la gobernanza empresarial ha pasado a ser dominante. Esto ha llevado a una orientación de la gestión a corto plazo y al pago de primas elevadas al personal directivo a costa del desarrollo sostenible a largo plazo de las empresas.

Además de estos acontecimientos, el proyecto de globalización de los últimos decenios ha conducido a un gran incremento de la dispersión salarial y a un sector de salarios bajos en constante aumento que no se había observado desde los principios del capitalismo antes de la Primera Guerra Mundial. Los mercados del trabajo de casi todos los países industriales han pasado a estar desregulados al tiempo que los sindicatos se han visto debilitados. En muchos casos la negociación colectiva a nivel de economía o de sector se ha visto menoscabada. Han empezado a predominar las negociaciones salariales a nivel de empresa o los contratos de trabajo individuales no sujetos a convenios colectivos.

La desigualdad creciente es un fenómeno que puede encontrarse en prácticamente todos los países. Las grandes desigualdades no sólo provocan un sentimiento de «injusticia» entre las sociedades y en el seno de las mismas, sino que también dificultan la movilidad social y repercuten negativamente en la salud y en la productividad. Los lobos hambrientos no son mejores cazadores, de hecho, todo lo contrario puede aplicarse a las economías de hoy. La verdad es que el sueño americano de la alta movilidad social dentro de la sociedad y la oportunidad para cualquiera de hacerse rico si trabaja duro es poco más que un espejismo. Hoy por hoy, la movilidad dentro de la sociedad es más una realidad en los países nórdicos de Escandinavia, donde la igualdad es mayor que en el mundo capitalista anglosajón.

El capitalismo tiene más problemas: en el pasado, condujo a un tipo muy especial de desarrollo de las tecnologías y de crecimiento de la producción y el consumo, que no tenía en cuenta los problemas ecológicos y el hecho de que los recursos naturales son limitados. De modo sistemático, los precios no logran incorporar adecuadamente las dimensiones ecológicas y el deterioro de la naturaleza, al tiempo que emiten señales equivocadas en cuanto a la orientación que debe adoptar la innovación, así como la producción, el consumo y nuestro modo de vida. Tras la serie de desastres ecológicos regionales ocurridos en el siglo pasado, el mundo se dirige hacia un desastre ecológico mundial a menos que se produzcan cambios a muy corto plazo. Esta situación hace que la búsqueda de soluciones sea muy complicada: la crisis actual no sólo es una crisis profunda del capitalismo tradicional, sino que ha surgido en un momento en que la grave crisis ecológica también está sufriendo transformaciones.

Una nueva simbiosis con el capitalismo

Un plan B mundial debe incluir tres dimensiones interrelacionadas.

- En primer lugar, el modelo debe ser ecológicamente sostenible: prevenir el calentamiento global, evolucionar hacia una base de energía renovable y prevenir otras situaciones problemáticas como la pérdida de biodiversidad.
- En segundo lugar, debe formarse de tal modo que las burbujas del mercado de activos o la inflación o deflación de bienes del mercado no hagan peligrar el proceso de crecimiento, y que no resulte en un endeudamiento excesivo de sectores individuales o incluso economías al completo, lo que inevitablemente llevaría a una nueva crisis. Al mismo tiempo, un modelo de estas características debería promover la innovación y, por consiguiente, el desarrollo tecnológico necesario tanto para resolver los problemas ecológicos como para, a medio y largo plazo, aumentar la productividad laboral, brindando así la posibilidad de una prosperidad creciente para todos.
- En tercer lugar, es decisivo que todos los grupos de población participen del progreso social. La desigualdad de los ingresos y en la distribución de la riqueza debe mantenerse entre límites política y socialmente aceptables.

En el eje del Plan B se encuentra una distribución más justa de los ingresos. Es crucial invertir los cambios negativos en la distribución de los ingresos y conferir a todos los grupos de población una participación suficiente de la riqueza creada en la sociedad. Un secreto del éxito del capitalismo regulado tras la Segunda Guerra Mundial fue el creciente poder adquisitivo de los trabajadores, basado en el aumento de los ingresos y en una distribución de estos ingresos relativamente equitativa. En la actualidad cada vez está más claro que el viejo modelo debe regenerarse.

En el eje del Plan B se encuentra una distribución más justa de los ingresos

La distribución de los ingresos tiene tres componentes importantes: la distribución funcional de los ingresos en salarios y beneficios; la distribución de la masa salarial nacional y la suma nacional de beneficios, y la política de redistribución estatal. Una caída de la participación en los salarios es, en gran medida, el resultado de un mayor margen de beneficios. Esto último tiene su origen en la desregulación, en particular debido al poder creciente del sector financiero y a su voluntad de correr riesgos para obtener más ganancias. El enfoque del valor para el accionista y el papel cada vez más importante de los inversores institucionales han llevado a las empresas a buscar mayores márgenes de beneficios. En una medida equivalente, las estructuras y las reglas del juego en el sector financiero deben modificarse de tal modo que el margen de beneficios vuelva a reducirse. Pongamos el ejemplo de los Estados Unidos, donde el dominio del

sector financiero ha llegado más lejos, la remuneración de la dirección respecto de la del trabajador medio ha aumentado de una relación que en el decenio de 1970 era de 30 a 1 a la relación de 500 a 1 que registra en la actualidad. Estas cifras reflejan que el objetivo original del valor para el accionista, que era supeditar la dirección únicamente a los intereses de los propietarios, sólo ha conseguido un éxito limitado. En su lugar, la dirección ha conseguido hacer valer sus propios intereses y enriquecerse a expensas de los accionistas. Esta tendencia debe invertirse, y si bien hasta la fecha se han hecho algunos progresos, la estructura básica de incentivos sigue igual.

Los últimos decenios se han caracterizado por una considerable dispersión salarial. La franja de los salarios bajos ha aumentado en prácticamente todos los países del mundo. El empleo precario y la informalidad también han aumentado, especialmente en el sector de bienes y servicios no comercializables. Por consiguiente, las tendencias de la globalización no pueden explicar directamente la emergencia de estos sectores. Son el resultado de la desregulación del mercado de trabajo. Estas desigualdades injustificadas respecto de los ingresos entre los trabajadores asalariados deben desaparecer mediante reformas del mercado de trabajo. El sistema de negociación colectiva debe fortalecerse, con el apoyo de otras instituciones del mercado de trabajo, para lograr las condiciones de trabajo decente en cuya importancia insiste la Organización Internacional del Trabajo. Los salarios mínimos y la seguridad social garantizada por el Estado también desempeñan un papel decisivo. Reglas del mercado de trabajo como éstas no sólo son importantes para reducir la desigualdad de los ingresos, también lo son para establecer un nivel mínimo para el salario nominal con objeto de protegerlo contra recortes salariales deflacionistas.

Incluso con una regulación estricta, los mercados no llevan a una distribución de los ingresos políticamente aceptable. Además, en el mercado no todo el mundo tiene las mismas oportunidades. Las personas desfavorecidas – ya sea por razón de género, responsabilidades de cuidado de los hijos, discapacidad, edad, raza, entre otras – pueden verse fuera del mercado de trabajo y encontrarse desprovistas de ingresos o, en el mejor de los casos, verse obligadas a conformarse con un ingreso insuficiente. Por último, no todos los ingresos obtenidos dependen de los logros personales; está, por ejemplo, el caso de las grandes herencias, que son un elemento esencialmente ajeno al capitalismo. La legislación fiscal y los sistemas sociales deben aplicarse para organizar la distribución de los ingresos de un modo socialmente aceptable. Por consiguiente, la legislación fiscal debería incluir un componente claramente redistributivo, y esta necesidad se acentúa cuanto más evidente es que los resultados del mercado por sí solos llevarán a una desigualdad cada vez mayor. Con este telón de fondo, no sólo es importante contar con un sistema fiscal marcadamente progresivo, sino que, por encima de todo debe existir una reglamentación que garantice que los ingresos derivados del capital se graven adecuadamente.

El Plan B consiste en un «capitalismo más decente»

Existe el peligro de un decenio perdido, o incluso decenios, para muchos países desde el punto de vista económico. La deuda de los sectores económicos es muy elevada. Ello hace que una nueva ampliación del crédito sea difícil. La distribución de los ingresos se ha vuelto mucho más desigual en los Estados Unidos y en Europa. Esto significa que es poco probable que la demanda de consumo se dinamice. Incluso existe el peligro de que, tras un período de crecimiento lento o una nueva crisis financiera, el nivel salarial mínimo se vea perjudicado. También existe un riesgo considerable de que, especialmente Europa y los Estados Unidos, se contagien del «mal japonés» de un prolongado crecimiento bajo del PIB o algo peor. La Gran Recesión sólo se ha manejado adecuadamente en parte, y no han tomado medidas significativas para cambiar los fundamentos más arraigados de la crisis. La esencia del proyecto fundamental de mundialización del mercado no se ha cuestionado. Una cosa está muy clara: un «capitalismo más decente» no lo crearán los especuladores del sistema no regulado actual. Sus beneficios dependen demasiado de determinadas prerrogativas a las que no renunciarán tan fácilmente en beneficio de un control público. Más bien todo lo contrario: hasta la fecha, las reformas aprobadas por la elite mundial no han sido más que meros placebos. Para una reforma más profunda, las relaciones de poder subyacentes del capitalismo financiero actual tendrán que cambiar, lo que significa que la relación entre Estados y mercados tendrá que reequilibrarse radicalmente.

Referencia

Dullien, S.; Herr, H., y Kellermann, C.: *Decent capitalism: A blueprint for reforming our economies* (Londres, Pluto Publishers, 2011, véase <http://www.plutobooks.com/display.asp?K=9780745331096&>).

Christian Kellermann es el Director de la Oficina para los Países Nórdicos de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en Estocolmo. Antes de incorporarse a la FES trabajó como analista de mercados financieros en Frankfurt y en Nueva York.